

Colección Mandrágora



[Apertura al cielo]

ALEJANDRO BACA



NAVELUZ
Benjamín Barajas
Director de la colección
Édgar Mena
Editor
Isaac Hernández Hernández
Arte y Diseño

Primera edición, 2014

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este, mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación, o cualquier otro, sin el previo permiso del autor o coordinador editorial.

Derechos reservados © 2014
respecto de la primera edición de *Apertura al cielo* por Alejandro Baca.

ISBN: 978-607-9330-14-9

Naveluz

Secretaría General, Departamento de Comunicación, Programa de
Proyectos Editoriales y Departamento de Impresiones del CCH
Naucalpan.
Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP. 53400

CELLISCA

*La brisa se llevó el último diente de león
que creció sobre la acera.
En tus ojos, el viento en remolino,
en los míos, la clara inmensidad:*

un naufragio.

Primera cuerda

El sabor de la lluvia no cambia
el otoño entre mis labios.
La lluvia sabe a sangre,
Tres reflejos llenan mi lengua de vino y
no hay pan en la alacena,
solo sal:

los pétalos vuelan cerca de mis manos.

Segunda cuerda

Siento la ternura entre mis dedos,
somos uno con el tiempo.
¡No duramos lo suficiente para el amor!

Mis ojos se abochornan, ansío dormir entre tus piernas.
El letargo se sostiene del aleteo desmesurado:

*ya no recuerdo nada de mi patria,
sólo ansío dormir entre tus piernas.*

Tercera cuerda

Los volcanes sonrían tranquilamente,
el amor se consume ante mis ojos.
Los arroyos vuelven desde la montaña
mis pies arden:

todos ardemos.

Cuarta cuerda

Los caballos corren sobre el derrumbe:
una flor crece en la penumbra.

Quinta cuerda

Las estrellas caen sobre mis manos,
busco la sombra del ocaso
y te encuentro postrada al horizonte:

*los sueños húmedos arden como mariposas;
mariposas de obsidiana al atardecer.*

Sexta cuerda

El aleteo blanco es tan suave,
que no quisiera despertar cada mañana
sin haberlo conocido.

¡Yo también quiero un báculo!
¡Yo también quiero matar serpientes!
(Grito bajo la lluvia, bajo sus alas)

Ellas bailan y cantan / cantan y bailan.
Nunca al tiempo / Siempre al ritmo.

en el océano crecen flores blancas.

Séptima cuerda

Qué lejos estamos de la costa,
los pájaros vuelven sus alas
y su brisa es el recuerdo con el que reconstruyen
las praderas:

nada sé sobre mi madre.

DERRUMBE INVERNAL

*La neblina se fuga de mis ojos
y como el incienso de la mañana
inunda las vidrieras de las torres.*

[Ahora que del cielo...]

Ahora que del cielo
el menguar clarece,
y del silencio;
el timbre, es el color
más confortable,
recuerdo los paisajes marinos
de estrellas reflejadas
entre las montañas,
los bosques de orozuz
y el trino que al frotarse en la humedad
se esconde.
Pues el recuerdo como las piedras
al envejecer de verde se van pintando.
Ahora que el flujo fluvial
es la vena más cobarde del ocaso
y de los dragones
sólo quedan algunas vigas
blanquecinas:
reptílico néctar del que hoy
se nutren mis ciudades.
Puedo ver el cristal quebrado
y las fatídicas sombras que me llaman.
Puedo ver,
y el clamor de los volcanes
es la erupción cetrina

que hizo de los diarios infantiles
un obituario
que se extiende como la explosión
de un disparo a lo lejos,
entre la soledad de los lupanares.

Hoy,
que me pregunto si la muerte
viene del sur o del este,
por el placer de morir
a los ojos del amanecer
que, contrahecho,
siempre aparece bajo las pestañas.

[Alguna vez...]

Alguna vez alguien me habló
de los rojos atardeceres
y los cúmulos que se enroscan
entre los montes
antes de la primera llovizna de octubre.
Fue un poeta
con la cara manchada de verde
y la mirada heterocrómica.
Ese alguien me contó
que los dragones siempre volvían
a las grutas del mar Mediterráneo
a custodiar los cristales
más hermosos del océano.
Desde aquí sólo logro ver una pared
tan gris y las pinturas rupestres
que la humedad conforma.

No debes tocar el suelo

De Ícaro tienes el rubor y las alas rotas,
y creo que la belleza escurre
por las hendiduras de tu rostro ensangrentado.
¿Quién pensaría que te escondías
detrás de las canciones de la lluvia?
¿Quién pensaría que te encontraría
con tu lamento
detrás de la granada?
Yo, que abordé un tren lleno de carbón
para vivir siempre amaneciendo.
Para hacer del fulgor la noche
y nunca temer a la amargura del olvido.
No debes tocar el suelo, y ya te balanceas
moribundo,
mientras te sostienes con tu brazo
desgarrado.
Te advertieron que no descendieras más allá
del cúmulo celeste,
y dejaste que el sonido del rocío te cautivara.
Ahora pendes de un hilo floral
y no debes tocar el suelo.
No conoces el rencor que se respira en la tierra,
el sabor de la carne roja y algún disparo al cielo.
Tus hermanos
nunca te perdonarían

si llegaras con los mantos enlodados
y tu quebrada mandolina.
Hermoso y curioso,
no debes tocar el suelo.
¿Quién podría pensar que te encontraría
y bebería tu sangre?
Tan dulce y cariñosa.
¿Quién creería que ciego y desahuciado
sería capaz de atravesar tu torso
con mis flechas mal talladas?
Un par de lágrimas escurren de tu rostro
y no debes tocar el suelo.
¿Quién pensaría que ver llorar un ángel
sería tan bello,
tan placentero?

[Y como en todas las tormentas...]

Y como en todas las tormentas
las gotas fueron seccionadas
por tamaño y color.
Las más grandes cayeron
sobre las montañas,
en la cima de los rascacielos.
Las verdes, rojas y amarillas
inundaron los bosques
de niebla baja,
donde nos acariciamos
y susurramos al oído
de los árboles agrietados.
Las azules
cayeron sobre los profundos
secretos del monte,
y sólo los hombres que visten
la huella de los lobos las vieron caer.
Y como en todas las tormentas,
la suave brisa
reveló los secretos del cielo
detrás de los tambores.
¿Aquí?
aquí las gotas fueron diminutas,
casi trasminares.
Se llevaron algunos recuerdos,

sin limpiar el cielo.
Empaparon las miradas,
limpiaron lágrimas.
Cayeron los relámpagos
antes del trueno.
Y como en todas las tormentas...
remolinos de agua
se formaron sobre las aceras,
nos permitieron sacar la cara
por la ventana
y observar el cielo,
nos obligaron a sonreír un poco...
Pudimos darnos cuenta que la noche
había llegado
con la humedad. Sonreímos.
Las gotas fueron seccionadas
y aquí sólo cayeron gotas frías,
sin color.

[Mi patria es el diluvio]

Mi patria es el diluvio
que no terminó de caer
alguna vez
en alguna parte.
El temblor de los trenes
por la mañana,
esos trenes de arena
que delinean
las mañanas
de las tardes,
las tardes
de las noches.
Mi patria no es de pan y vino.
El vino lo bebemos,
el pan lo almacenamos
en alacenas derruidas.
Mi patria
son las alacenas derruidas
que nos alejan
de los gusanos-devora-sueños.
Es la madera carcomida de sol y sombra.
Mi patria es la lluvia que hizo de la alacena
un hervidero de musgo.
Mi patria no es el musgo,
es la combustión

y el desconsuelo.
Algunos que como yo
escapamos del derrumbe
acomodamos la humedad
que se forma en nuestras sienas
y nos preguntamos
¿quiénes somos?
también nos preguntamos
¿dónde somos?
por último nos preguntamos
¿qué somos?
Nos sabemos tan perdidos
como el pan que nos forma,
Nos sabemos al vino agrio,
a la ventisca.
Sabemos que afuera llueve
y cada paso
es un dado arrojado al abismo.
Un siete.
Un grito exorbitado que se pierde
en la intermitencia de los grillos,
en el diluvio que alguna vez
no terminó de caer.
Mi patria no es mi lengua
pues los que abandonamos la colmena
nunca nos comprendimos
con el resto de los refugiados.
Hoy nos reconocemos
al tocar nuestra espalda,
al tacto helado que nos enmascara.
Mi patria es el camino,
los cuarenta días,
las cuarenta noches.

Mi patria somos y nosotros somos
los que comemos, bebemos
y nos formamos del diluvio.
Las gotas secas,
la intermitencia.
Alguna vez alguien nos habló
de las tierras blancas
de las tierras de miel tan agria
que empalaga.
Ese día algunos creímos.
Ese día comenzaron las preguntas,
el camino,
y mi patria fue el temblor
de los trenes por la mañana.

Otra vez soñé con ella

Como si fuera agosto
la luna estremeció los mares secos
sobre los que cimentamos
nuestras ciudades
y el balanceo desnudó
las paredes agrietadas
que descansan mi dolor.

El cielo tornó de volcán los ojos
y paralizados nos sosteníamos del viento
que volvía desde el oriente.
¡No! No comprenderías la inmovilidad
que provocan las campanas
dentro del Sauce.

La fragancia fue silencio luctuoso
y de carne, pan y vino,
me arrodillé bajo las estructuras insomnes
de carmín y agua sana.

Como si las gárgolas
lloraran en los bosques.

La noche descendió
bajo las cercas pintadas de blanco

y de azul austríaco
desperté gritando

¡Otra vez soñé con ella!

¡Otra vez soñé con ella!

[Ángeles vuelan...]

Ángeles vuelan cerca de mis manos,
en las llanuras incandescentes
se respira el olor a barro
con el que moldearon las figuras
de mis ojos
y sólo un aleteo bastó para formar,
de las grietas,
el holocausto seminal
del que hoy brotan las almendras.

[Duermes...]

A Joana Medellín

Duermes, caligrama de campanas
sobre las alabardas sin filo,
y como en jaula de líneas blancas
no ha parado de llover en todo el día.

[La tormenta se ha ido]

La tormenta se ha ido
con la intermitencia
de los grillos
y el ladrido de una noche
que no termina de ser nombrada.

Quizá nunca fue tormenta,
ni cárcel constelada.

Quizá la arena de los parques
sólo fue húmeda en mis sueños
y el canto fue un zumbido
de verde cargado.

Quizá te hablo de una mujer
que caminó
por la orilla del mundo
y nunca aprendió sostener
un diente de león
con la mirada.

La tormenta se ha ido
y el ladrido
que inunda las ventanas
es el eco de un avión
que ha perdido el rumbo.

[Mujer incandescente]

Mujer incandescente
que habita los terrores de la luna,
escucha las canciones de tus hijos
y bríndanos la sangre necesaria.
Madre de la palabra,
del precipicio
de la tinta negra y blanca.
Madre de nosotros
los bastardos,
los sanguinarios,
de todos nosotros
los que vivimos
en el borde de los barrancos;
y no conocemos el sabor del néctar,
sólo el agrio frenesí
que brota de entre tus piernas.

Otórganos las flores
y permítenos marchitarlas
con nuestras propias manos.
Otórganos las espinas
y nosotros sangraremos
hasta quedar desiertos.
Sabes que beberemos
para reconstruirnos.

Sabes que beberemos
para reconfortarnos
y brindaremos en tu nombre:
Razón del sufrimiento,
madre de todo.

Perdona por escribir versos
de amor,
por buscar en otros pechos
la dulzura de tus leches,
por tallar figuras con tu rostro.
Perdona si alguna vez
te olvidamos,
pues fuiste tú
quien nos dio cobijo y opio
cuando nos expulsaron
de las ciudades.

Fuiste tú la locura en el bosque,
la flama de los hornos,
la lluvia,
los lupanares.
Escucha el canto de tus hijos.

Diosa Blanca.
Escucha el grito fluvial
que hunde los barcos,
el trueno centimano
destructor de ciudades.
Madre de nosotros los bastardos,
los nigromantes.
Escucha nuestro canto.
Mujer precipicio,

mujer poesía.
Madre-vida, *Madre-muerte.*

Escucha nuestro canto.

[Los ángeles hablan lentamente]

Los ángeles hablan lentamente
y entre sus alas
llevan las tormentas
que inundan las ciudades.
Se paran a la orilla de las torres
y esperan.

Yo,
polilla entre las alas,
recuerdo que los diluvios
siempre terminan en la costa
y del cielo,
no se ve el fin.

La noche amanece cada día
y los ahogados llevan mortajas
bordadas de antiguos rezos.
No me atrevería a descender
y a nadie le importa
ver destruidas las catedrales,
hemos olvidado las tardes
de tallar roca blanca,
hemos olvidado
y eso nos permite andar
con la mirada perdida.

[Los ángeles vuelan]

Los ángeles vuelan
cerca de mis manos
se esconden
en el parpadeo de las mañanas
en las turbas revoltosas de las aves
tormenta que en gris
se desvanece
los ángeles viven en abril,
en sus lluvias de sol
y viento,
en el azul de sus faros
rotos.

En las heridas de los niños
que guardan navajas en las cicatrices.
A veces quisiera gritar un poco,
olvidar mi nombre,
recordar los meses fríos,
la aridez del pavimento,
y antes de arrancar tres letras
de mi cuello aparece abril
y los ángeles vuelan cerca de su rostro.

Las flores se marchitan
ante la exhumación del viento

y de la blancura del invierno
sólo queda la mirada
en la que se bañan todas las palomas.

Ángeles guardianes

A Itzel García

Aquí nunca hubo molinos de viento
ni hombres
que se transformaban en insectos.
El viento pasaba de largo
en calles que se volvían cada vez
más oscuras,
en calles que se volvían cada vez
más pantanos.
Vimos nuestros rostros reflejados
y poco a poco,
se fueron los árboles deshojando
hasta convertirse en sillas maltrechas
donde buscar a Venus
entre cinco o seis estrellas...
una noche entera.
Vimos endurecer la tierra
en concreto y hacerse tierra
en tus manos, en la mías,
en todas aquellas figuras
que sostuvieron nuestra sombra.
Los días
pasaron como el temblor de los trenes
por la mañana
cuando pensábamos

que también nos traían los atardeceres.
Aquí nunca hubo ángeles guardianes,
sólo niebla
y la ceniza de un volcán
que sin darnos cuenta
nos hizo cada día más viejos.
No, nunca hubo ángeles,
sólo sombras y manos
que nos recogían
cuando quedábamos hechos pedazos
por la calle
y como figuras de arcilla
nos volvían a formar.
Aquí se aprendió
a soplar el vidrio de los ojos,
a vivir sin luz.
Aquí se aprendió a nadar
entre las aguas que brotaban
de las coladeras
y a sonreír
cada que una ráfaga nos atravesaba el alma.

Grietas

¡Qué profundas son las grietas
de los robles!
Cuando al secarse
deforman la voz
que desciende de la montaña
y arroja perdigones
cargados de tizne.
No conozco las palabras airoas
ni el batido de los ángeles
que rondan,
sólo escucho un aletear
oscuro
y el reflejo sinuoso
de los bosques
en los ríos
que son pantanos
agolpados de anamnesis.
El flujo del viento
en los robles
y el rizo dragado de las aguas
han hecho correr lobos.
Los he visto postrarse unos segundos
y soltar un largo aullido.

[Te busco...]

Te busco
en las grietas de las iglesias,
en el borde de los cristales
en el párpado de los niños,
también en su parpadeo.
Y no duermo
cuando sueño con tu rostro
abro los ojos en la oscuridad
para encontrarte
porque el sabor de tu caricia;
suena,
como suenan los cables
que nutren las farolas
y hacen de mi noche,
un poco más noche
y de mis sueños,
un poco más sueños.
En mis desvelos
en los que descalza,
danzas a los pies
de la madrugada
lanzando arroz
a las palomas de Oriente.
Como si a tu paso el rocío
escurriere

el azabache de las montañas,
de las Torres.
Y te busco,
en los bosques enrejados,
en la cintura de las ninfas.
En todos y cada uno de los vagones
de los trenes
que sólo llevan carbón a la costa.
Una tarde,
abordaré ese navío de rieles
al mar,
hasta la orilla de piel mestiza
de mi tierra,
beberé las lágrimas
que inundaron el otoño
bajo las olas
y podré dormir.
Sin esperar la madrugada.

[Tiro los ruegos...]

Tiro los ruegos al viento
y sólo la luna refleja los rostros
carcomidos por las charcas.
Una noche creí escuchar al alba
posarse en los alambres
que se enredan
frente a mi ventana,
sólo era un ave.
Un ave
que se miraba en el agua
estancada
con el rostro de la noche
y plumas.

Un ave

Entre las nubes se esconde
un ave
de plumas acuáticas
y garras que destellan
sobre las Torres de acero
y cristal.

[Una tarde...]

Una tarde vi el cielo tan claro
que se reflejaron los ríos de asfalto
en mis ojos,
y una lágrima no bastó
para cubrir la bóveda cetrina
del desagüe.
El viento desnudó las buganvillas
y los huesos en la pared
me recordaron el vuelo
de ese enorme pájaro
que dejó la costa
y vino a anidar a la punta
de un rascacielos.

[¿Cuántos llevamos?]

¿Cuántos llevamos la voz miserable
de un río seco,
del bosque en tala?
¿Cuántos corremos buscando las veredas
en los pastos labrados en concreto?
¿Dónde puedo encontrar a las bestias
estrelladas?
Si habito las ciudades que constelan
la tierra entre volcanes,
el reflejo del cielo oculto,
el desconsuelo.
Me pregunto si como yo,
¿alguien arranca las hojas
de los árboles
que el humo extingue
buscando las letras mudas?
O ¿sólo soy la sombra de un hombre
que sueña
y cada que el sol se pone
desaparezco?

[El cielo es...]

El cielo es un péndulo
que va y no vuelve.
El cielo,
silbido que se desvanece
mientras tú duermes.

APERTURA AL CIELO

*En noches como esta me pregunto
¿si este susurro de concreto y olas negras
son el canto y rezo de una ciudad inundada?*

Princesa Rusa

A Marina Tsvietáieva

No sé de dónde viene el viento
que enfría mis manos
y no permite que desenrede
el pelo que cubre tus ojos:
reflejo invernal.
Cuando petrificas los senderos
y sacudo mis pies
para no hacer el alba cetrina.
Por eso ando con los pies helados
y los guantes invertidos
como me enseñaron
sus plegarias.
No sé de donde vienen los vientos
ni a donde van
y me encuentro con un pie al aire
de tanto caminar
en la premura de los llanos.
Esos llanos de brisa y recuerdos de: ¡Oh Pare!
Tus manos son tan frías
Princesa Rusa,
que no dejas desenredar tu pelo
y me dejas petrificado
en la llanura.

II

No sé de dónde viene el viento
ni a donde va.
Siempre me encuentro
tu rostro lleno de paz,
como los bordes de las montañas
que te asemejan.
Cada que al grito del cielo
dejas caer tu manto helado
sobre mis flores de néctar
y bebemos una tarde nublada más.
¡Una tarde nublada más!
Porque tus ríos
devoraron las praderas
y yo,
me senté a tus pies
a tirar granos en la tierra,
de los que cimentar una mezquita,
donde sonar las campanas,
donde desenredar tu pelo
mientras la ciudad crecía
fundando los horizontes.

III

Tus manos son tan frías
Princesa Rusa
que tejiste margaritas en mi cielo,
una cada otoño,
una cada otoño.
Hasta que mi rostro
escribió tu historia

y mis manos
se cansaron de parar los flujos
que fundaron mares en mi espalda.

IV

Ahora que de los ríos
sólo el clamor brota,
me encuentro petrificado
en la llanura
y los pastos secos me anuncian
que tu ciudad fue derrumbada
por los bárbaros
que llevaron el fuego
a la cima de tus Torres;
montañas,
y quemaron sus manos
de no saber nombrar
cada estrella
con su debido tiempo.

Dios de los cuervos

A Pamela Torres

Suelo pensar en tierras frías
y de pocas palabras,
en las nubes
que sólo mis ojos conocen
cuando me sostengo de los rascacielos
y caigo con la mirada al suelo.
Una mañana,
mandé a Munin y Hugin
en busca de la razón celeste,
y de sus plumas
cubiertas de nieve
creí ver la tregua del olivo
posarse en mis hombros.
Sólo me trajeron tu mirada
y tus pies descalzos,
con los que recorres
los campos de azucena,
sin mancharte los dedos
de fragancias.
Ahora comprendo
que vas calzada de caminos
y fue tu mirada
quien me trajo.

[Suelo pensar...]

Suelo pensar en las tierras blancas.
En los volcanes donde se forjaron mis cadenas
y en el ojo que arrojé, para mirarte.

[Alguna vez...]

Alguna vez has sentido que la noche
te aborda
por la comisura de los labios,
y se esparce entre los andenes
de un cuerpo siempre paralelo.
Has sentido el frío;
te pregunto,
el temor, el miedo.
La inexorable tristeza de no saber
la hora exacta
del amanecer o del ocaso.
Cuando el repetido e incesante
goteo
de la lluvia que se ha ido
se cuele por la ventana,
y sordo te preguntas
si todos los naufragios iban cargados
de piedras preciosas
o sólo llevaban troncos partidos
para apuntalar las fortalezas.
Yo sé que lo has sentido,
sé bien que tu espalda ha temblado
y te has enroscado del dolor
bajo los árboles sin sombra,
que sembrados una noche de verano

nos enmarcan.
Sabes tan bien de la intermitencia
de los ríos
y la dieta de las sirenas
(*que nadan en la gruta*).

Y todavía te atreves a llorar frente a mis huesos.

PENUMBRA

*Al levantar la mirada al horizonte;
encuentro la brillante oscuridad,
el amanecer de las mariposas obsidiana:
un sol negro*

Umbra

En la ciudad,
una mujer se esconde.

En el subterráneo, en las torres, en las charcas,
en todos aquellos filamentos cubiertos
de tizne;
donde se genera la oscuridad del concreto.
En esas redes que cuelgan de los techos
y nos electrifican.
(Cuando alzamos los ojos,
buscando un aleteo desmesurado)

Una mujer se esconde,
y es hermosa.

Antumbra

Entre siluetas,
somos:

Un retrato de grafito, un grabado
en las paredes,
en las calles.

Un hilillo de humo que se desvanece
al pasar la mano
y toma la forma de todas aquellas bestias
que no podemos tocar,
¡Que no podemos nombrar!
porque *nos faltan los sagrados nombres*
de la niebla.

Penumbra

Una mujer se esconde.

Los dioses le negaron el reflejo, y en sus manos
sólo ve la ceniza que arrojan los volcanes.

Y se piensa, el incendio de los bosques,
de los vados.

Así que huye y se oculta,
debajo de las bancas, de las faldas colegiales,
debajo de las suelas de los ancianos cuando salen a pasear
por la mañana.

Sólo se asoma unos instantes, para sumergirse en las aguas
negras que llevan las cloacas
hasta el mar.

La encontré una tarde, cuando se hundía entre las montañas
y su cabello de azabache me ocultaba
en el tibio calor de sus ojos.

Vie crépuscule.

Una mujer se esconde
en la penumbra.

Ocaso

Tú, que en las plumas llevas la noche,
pintaste las praderas y los montes.

La bruma

Los hombres hablan de piedras solares
con las que toman baños de niebla,
y creo que me voy acercando a la morada
de los dioses,
donde la mujer se esconde por las noches
y se envuelve con las nubes y la bruma de los mares
como si fuera el manto de los cielos
quién te guarda,

quién te encubre.

La niebla

La niebla de los temazcales arrancó
los violetas y los (r)ojos
de mis manos.
Estoy ciego y las mujeres me llaman poeta,
cuando alzo las piedras y devoro
los insectos
que se hospedan en las aguas calmas
donde se refleja mi rostro taciturno.

EXPIACIÓN DEL CIELO

*La lluvia de San Juan se detuvo
y tengo las manos frías de sostener la madrugada.*

[Suena el mar...]

Suena el mar lejano
dentro de mi ciudad de luces blancas.
Mi ciudad, en espiral de concha grabada
con las plegarias de un pueblo cansado
de construir escaleras al cielo.
Cansado de ver caer la noche
como una columna que se desmorona.
Un reloj de arena cargado de algunas piedras raras.
Suena el mar lejano,
como el eco de algún llanto
que aún no termina de ser derramado.
Un dolor que se estampa contra las murallas,
al ritmo de la Luna,
una y otra vez.
Suena el mar lejano
dentro de un vaso de agua.
Y yo canto, y todos cantamos.
Dentro de la concha de mar el mar,
dentro de un vaso la concha,
dentro de mi ciudad el vaso,
la Luna y ella, y sólo ella.

[De azul...]

De azul,
la media tarde fue el goteo
que escurre sobre las vasijas rotas.
¡Para qué llorar
si el barro se quiebra en nuestras manos!
¿Para qué llorar?
La lluvia partió de nuestros ojos
y a lo lejos se mezcla un horizonte;
siempre inconcluso.

Al filo del templo comienza el cielo. Un suspiro cenizo.

Índice

Cellisca

<i>Primera cuerda</i>	10
<i>Segunda cuerda</i>	11
<i>Tercera cuerda</i>	12
<i>Cuarta cuerda</i>	13
<i>Quinta cuerda</i>	14
<i>Sexta cuerda</i>	15
<i>Séptima cuerda</i>	16

Derrumbe invernal

<i>[Ahora que del cielo...]</i>	20
<i>[Alguna vez...]</i>	22
<i>No debes tocar el suelo</i>	23
<i>[Y como en todas las tormentas...]</i>	25
<i>[Mi patria es el diluvio]</i>	27
<i>Otra vez soñé con ella</i>	30
<i>[Ángeles vuelan...]</i>	32
<i>[Duermes...]</i>	33
<i>[La tormenta se ha ido]</i>	34
<i>[Mujer incandescente]</i>	35
<i>[Los ángeles hablan lentamente]</i>	38
<i>[Los ángeles vuelan]</i>	39
<i>Ángeles guardianes</i>	41
<i>Grietas</i>	43
<i>[Te busco...]</i>	44
<i>[Tiro los ruegos...]</i>	46

<i>Un ave</i>	47
<i>[Una tarde...]</i>	48
<i>[¿Cuántos llevamos?]</i>	49
<i>[El cielo es...]</i>	50

Apertura al cielo

<i>Princesa Rusa</i>	54
<i>Dios de los cuervos</i>	57
<i>[Suelo pensar...]</i>	58
<i>[Alguna vez...]</i>	59

Penumbra

<i>Antumbra</i>	65
<i>Penumbra</i>	66
<i>Ocaso</i>	67
<i>La bruma</i>	68
<i>La niebla</i>	69

Expiación del cielo

<i>[Suenan el mar...]</i>	74
<i>[De azul...]</i>	75

Apertura al cielo es el tercer título de la colección *Mandrágora* de *Naveluz*, se terminó de imprimir la mañana del 17 de abril de 2014 en los talleres del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan. La edición consta de ciento cincuenta ejemplares, firmados y enumerados por el autor.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinador de Planeación,

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Mtra. Ana María Córdova Islas

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Servicios Estudiantiles

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria Técnica del SILADIN

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Alfonso Flores Verdiguel

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto. de Comunicación

Títulos anteriores

Circunstancias

Octavio Barreda

Sonetos

Miguel Garza

El Monstruo y otras mariposas

Hiram Barrios

Pagafantas

Alejandro Espinosa

La noche en el espejo

Arturo Pedroza

Próximos títulos

Entre líneas

Miguel Galván

Las entrañas del norte

Alejandro García

Apertura al cielo traza un viaje eólico que sabe tanto de la grieta de un roble como del cielo y sus volcanes. Su apertura es un candelabro de lluvia. El trayecto que recorre y culmina va más allá del nombre o del lugar común: su sino es la precisión y la medición exacta de sus cuerdas en el fraseo. Cada poema es una cuerda que apertura su propio enjambre: el celaje viaja, la calle señala su propia voz, el amor es un presagio para los buenos días, y el mañana casi una torre inalcanzable. Aun así, esa torre va alcanzando el cielo y la voz de la calle, la paja del viento, el árbol que siempre fue. Las cuerdas bien templadas de Alejandro Baca aperturan un decir que nada tiene que ver con el canto, sino más bien con un *suspiro cenizo*. Su poesía es un aire refrescante, una flor que crece ante lo oscuro.

Miguel Ángel Zapata

